 Tiempo de lectura: 13 min.

(continuación del artículo anterior)

Capítulo XIX. Medios por los que se construyó esta Iglesia.

Quienes hayan hablado u oído hablar de este sagrado edificio querrán saber de dónde se obtuvieron los medios, que en total superan ya el medio millón. Me encuentro en una gran dificultad para responderme a mí mismo, por lo que soy menos capaz de satisfacer a los demás. Diré, por tanto, que los órganos legales dieron grandes esperanzas al principio; pero en la práctica decidieron no contribuir. Algunos ciudadanos acaudalados, viendo la necesidad de este edificio, prometieron ostentosas limosnas, pero en su mayoría cambiaron de opinión y juzgaron mejor emplear su caridad en otra parte.

Es cierto que algunos devotos acomodados habían prometido oblaciones, pero en el momento oportuno, es decir, harían oblaciones cuando estuvieran seguros de la obra y la hubieran visto en marcha.

Con las ofrendas del Santo Padre y de algunas otras personas piadosas, se pudo comprar el terreno y nada más; de modo que, cuando llegó el momento de comenzar la obra, no tenía ni un céntimo para gastar en ella. Aquí, por una parte, estaba la certeza de que este edificio era para la mayor gloria de Dios, por otra, estaba la absoluta falta de medios. Entonces quedó claro que la Reina del Cielo no quería que los cuerpos morales, sino los cuerpos reales, es decir, los verdaderos devotos de María, tomaran parte en el santo empeño, y María misma quiso poner su mano en ello y hacer saber que era su propia obra la que quería construirlo: *Aedificavit sibi domum Maria*.

Emprendo, pues, el relato de las cosas tal como sucedieron, y cuento concienzudamente la verdad, y me encomiendo al benévolo lector para que me compadezca benignamente si encuentra algo que no le agrade. He aquí la verdad. La excavación había comenzado, y se acercaba la quincena en que había que pagar a los excavadores, y no había dinero alguno; cuando un suceso afortunado abrió un camino inesperado a la caridad. A causa del sagrado ministerio, me llamaron a la cabecera de la cama de una persona gravemente enferma. Llevaba tres meses inmóvil, atormentada por la tos y la fiebre, con un grave agotamiento estomacal. Si alguna vez -me dijo- pudiera recuperar un poco de salud, estaría dispuesta a hacer cualquier oración, cualquier sacrificio; sería un gran favor para mí si pudiera siquiera levantarme de la cama.

– ¿Qué piensas hacer?

– Lo que tú me digas.

– Hacer una novena a María Auxiliadora.

– ¿Qué debo rezar?

– Durante nueve días reza tres Padrenuestros, Avemarías y Gloria al Santísimo Sacramento con tres Avemarías a la Santísima Virgen.

– Esto haré; ¿y qué obra de caridad?

– Si juzgáis bien y si conseguís una mejora real de vuestra salud, haréis algunas ofrendas para la Iglesia de María Auxiliadora que se está iniciando en Valdocco.

– Sí, sí: con mucho gusto. Si en el curso de esta novena sólo consigo levantarme de la cama y dar unos pasos por esta habitación, haré una ofrenda para la iglesia que mencionas en honor de la Santísima Virgen María.

Comenzó la novena y ya estábamos en el último día; aquella tarde debía entregar nada menos que mil francos a los albañiles. Fui, pues, a visitar a nuestra enferma, en cuya recuperación estaban invertidos todos mis recursos, y no sin ansiedad y agitación llamé al timbre de su casa. La empleada abre la puerta y me anuncia con alegría que su señora estaba perfectamente recuperada, que ya había dado dos paseos y que ya había ido a la iglesia a dar gracias al Señor.

Mientras la empleada se apresuraba a contar estas cosas, la misma señora se acercó, jubilosa, diciendo: Estoy curada, ya he ido a dar gracias a la Santísima Virgen; ven, aquí tienes el paquete que te he preparado; ésta es la primera ofrenda, pero sin duda no será la última. Tomé el paquete, fui a casa, lo revisé y encontré en él cincuenta napoleones de oro, que formaban precisamente los mil francos que ella necesitaba.

Este hecho, el primero en su género, lo mantuve celosamente oculto; sin embargo, se propagó como una chispa eléctrica. Otros y luego otros se encomendaron a María Auxiliadora haciendo la novena y prometiendo alguna oblación si obtenían la gracia implorada. Y aquí, si quisiera exponer la multitud de hechos, tendría que hacer no un pequeño opúsculo, sino grandes volúmenes.

Cesaron los dolores de cabeza, se vencieron las fiebres, se curaron las llagas y úlceras cancerosas, cesó el reumatismo, se curaron las convulsiones, se curaron instantáneamente las dolencias de ojos, oídos, dientes y riñones; tales son los medios de que se sirvió la misericordia del Señor para proporcionarnos lo necesario para llevar a término esta iglesia.

Turín, Génova, Bolonia, Nápoles, pero más que ninguna otra ciudad, Milán, Florencia y Roma fueron las ciudades que, habiendo experimentado especialmente la benéfica influencia de la Madre de las Gracias invocada bajo el nombre de Auxilio de los Cristianos, mostraron también su gratitud con oblaciones. Incluso países más

remotos como Palermo, Viena, París, Londres y Berlín se dirigieron a María Auxiliadora con las oraciones y promesas habituales. No me consta que nadie haya recurrido en vano. Un favor espiritual o temporal más o menos marcado era siempre el fruto de la petición y del recurso hechos a la Madre piadosa, a la poderosa ayuda de los cristianos. Recurrían, obtenían el favor celestial, hacían su ofrenda sin que se les pidiera en modo alguno.

Si tú, oh lector, entras en esta iglesia, verás un púlpito elegantemente construido para nosotros; es una persona gravemente enferma, que hace una promesa a María Auxiliadora; Ella cura y ha cumplido su voto. El elegante altar de la capilla de la derecha pertenece a una matrona romana que lo ofrece a María por la gracia recibida.

Si serias razones, que todo el mundo puede conjeturar a la ligera, no me persuadieran de posponer su publicación, podría decir el país y los nombres de las personas que apelaron a María desde todas partes. En efecto, podría decirse que cada rincón, cada ladrillo de este edificio sagrado recuerda un beneficio, una gracia obtenida de esta augusta Reina del Cielo.

Una persona imparcial recogerá estos hechos, que a su debido tiempo servirán para dar a conocer a la posteridad las maravillas de María Auxiliadora.

En estos últimos tiempos la miseria se hacía sentir de manera excepcional, también nosotros frenábamos la obra a la espera de tiempos mejores para su continuación; cuando otros medios providenciales vinieron al rescate. El *cólera morbus* que hizo estragos entre nosotros y en los países vecinos conmovió a los corazones más insensibles e inescrupulosos.

Entre otros, una madre, al ver a su único hijo asfixiado por la violencia de la enfermedad, le instó dirigirse a María Santísima en busca de ayuda. En el exceso del dolor pronunció estas palabras: *Maria Auxilium Christianorum, ora pro nobis*. Con el más cálido afecto de corazón, su madre repitió la misma jaculatoria. En ese momento, la violencia de la enfermedad se mitigó, el enfermo sudó profusamente, de modo que en pocas horas estuvo fuera de peligro y casi completamente curado. La noticia de este hecho se difundió, y entonces otros se encomendaron con fe en Dios Todopoderoso y en el poder de María Auxiliadora con la promesa de hacer alguna ofrenda para continuar la construcción de su iglesia. No se sabe de nadie que haya recurrido a María de este modo sin ser escuchado. Se cumple así el dicho de San Bernardo, según el cual nunca se ha sabido de nadie que haya recurrido confiadamente a María en vano. Mientras escribía (mayo de 1868) recibí un ofrecimiento con un informe de una persona de gran autoridad, que me anunciaba cómo todo un país se había librado de manera extraordinaria de la infestación del cólera gracias a la medalla, al recurso y a la oración hechos a María Auxiliadora. De

este modo hubo oblaciones de todas partes, oblaciones, es verdad, de pequeña entidad, pero que juntas fueron suficientes para la necesidad.

Tampoco debía pasarse en silencio otro medio de caridad para esta iglesia, como la ofrenda de una parte de las ganancias del comercio, o del fruto del campo. Muchos, que durante muchos años habían dejado de recibir el fruto de los gusanos de seda y de las cosechas, prometieron dar la décima parte del producto que recibieran. Se sentían extraordinariamente favorecidos; contentos, pues, de mostrar a su celestial benefactora signos especiales de gratitud con sus ofrendas.

De este modo, hemos llevado a cabo este majestuoso edificio para nosotros con una asombrosa dispensación, sin que nadie haya hecho nunca una colecta de ningún tipo. ¿Quién podría creerlo? Una sexta parte de los gastos se cubrió con oblaciones de personas devotas; el resto fueron todas oblaciones hechas por gracias recibidas.

Ahora aún quedan algunas notas por saldar, algunas obras por terminar, muchos ornamentos y mobiliario por proveer, pero tenemos una gran confianza en esta augusta Reina del Cielo, que no cesará de bendecir a sus devotos y de concederles gracias especiales, de modo que por devoción a Ella y por gratitud por las gracias recibidas seguirán prestando su benéfica mano para llevar a término la santa empresa. Y así, como dice el supremo Pastor de la Iglesia, que los devotos de María aumenten sobre la tierra y que sea mayor el número de sus afortunados hijos, que un día harán su gloriosa corona en el reino de los cielos para alabarla, bendecirla y darle gracias por siempre.

Himno de Vísperas de la Fiesta de María A.

Te Redemptoris, Dominique nostri
Dicimus Matrem, speciosa virgo,
Christianorum decus et levamen
Rebus in arctis.

Saeviant portae licet inferorum,
Hostis antiquus fremat, et minaces,
Ut Deo sacrum populetur agmen,
Suscitet iras.

Nil truces possunt furiae nocere
Mentibus castis, prece, quas vocata
Annuens Virgo fovet, et superno
Robore firmat.

Tanta si nobis faveat Patrona
Bellici cessat sceleris tumultus,

Mille sternuntur, fugiuntque turmae,
Mille cohortes.
Tollit ut sancta caput in Sione
Turris, arx firmo fabricata muro,
Civitas David, clypeis, et acri
Milite tuta.
Virgo sic fortis Domini potenti
Dextera, caeli cumulata donis,
A piis longe famulis repellit
Daemonis ictus.
Te per aeternos veneremur annos,
Trinitas, summo celebrando plausu,
Te fide mentes resonoque linguae
Carmine laudent. Amén.

Himno de Vísperas de la Fiesta de María A. – *TRADUCCIÓN*

Virgen Madre del Señor,
Nuestra ayuda y nuestro orgullo,
Desde el valle de lágrimas
Te imploramos con fe y amor.
Desde las puertas del infierno
Detén la hueste amenazadora,
Tú piadosamente estás vigilando
Con tu mirada excelsa.
Sus furias desatadas
Pasarán sin vergüenza ni daño,
Si de corazones castos en vano
Se elevan a Ti las plegarias.
Patrona, en cada guerra
Nos convertimos en los héroes del campo;
Al rayo de tu poder
Mil huestes huyen y aterrizan.
Tú eres el baluarte que rodea
De Sión las casas santas;
Tú eres la honda de David
Que hiere al gigante orgulloso.
Tú eres el escudo que repele
Las espadas ignorantes de Satanás,

Tú eres el bastón que le hace retroceder
Al abismo de donde vino.
[…]

Himno de alabanza

Saepe dum Christi populus cruentis
Hostis infensis premeretur armis,
Venit adiutrix pia Virgo coelo
Lapsa sereno.
Prisca sic Patrum monumenta narrant,
Templa testantur spoliis opimis
Clara, votivo repetita cultu
Festa quotannis.
En novi grates liceat Mariae
Cantici laetis modulis referre
Pro novis donis, resonante plausu,
Urbis et orbis.
O dies felix memoranda fastis,
Qua Petri Sedes fidei Magistrum
Triste post lustrum reducem beata
Sorte recepit!
Virgines castae, puerique puri,
Gestiens Clerus, populusque grato
Corde Reginae celebrare caeli
Munera certent.
Virginum Virgo, benedicta Iesu
Mater, haec auge bona: fac, precamur,
Ut gregem Pastor Pius ad salutis
Pascua ducat.
Te per aeternos veneremur annos,
Trinitas, summo celebrando plausu,
Te fide mentes, resonoque linguae
Carmine laudent. Amen.

Himno de alabanza – *TRADUCCIÓN*.

Cuando el acérrimo enemigo
Al asalto fue visto
Con las armas más terribles

Al pueblo de Cristo,
A menudo a las defensas
María del cielo descendió.
Columnas altares y cúpulas
Con trofeos adornados
Y ritos, fiestas y cánticos
le fueron dedicados.
Oh, cuántos son los recuerdos
¡De sus muchas victorias!
Pero a sus nuevos favores
A sus nuevos favores;
Que todas las naciones se unan
Y los coros excelsos
En divina armonía
Con la Ciudad Reina.
La inconsolable Iglesia
Sus párpados se calmen;
En el día que amaneció
Del largo y triste exilio
De Pedro a la Sede suprema
Regresó el Supremo Heredero.
Los jóvenes virginales
Los castos adolescentes
Con el Clero y el pueblo
Cantin tan auspiciosos acontecimientos:
Gareggino en homenaje
De afecto y lengua.
Oh Virgen de las vírgenes
Madre del Dios de la paz,
Pueda el Pastor de las almas
Con labio tan verdadero
Y su alta virtud
Guiarnos a la salud.
[…]

Teol. PAGNONE

(continuación)